



FEMALE
LOUD - PROUD - FEMINISTS

Llevamos A Nuestras Madres Con Nosotras

Escrito por: Nadia Ahmad
Traducido por: Enchad A. Yaffar
Editado por: Maria Adelantado





Prólogo

Una Invocación Feminista

La mañana del 28 de enero de 2025 estaba nublada,

gris y un poco fría; el rocío adornaba todos los árboles y los bancos. São Paulo había sido sacudida por una severa tormenta de lluvia los días anteriores, dejando que la ciudad pareciera nueva y frágil, no muy distinta a como yo me sentía parada en un círculo fuera de un hotel con 30 extrañas, a punto de participar en un ritual colectivo de purificación. Algunas veníamos de zonas en conflicto. Otras, de tierras conservadoras. Algunas cruzamos océanos, otras solo fronteras; pero todas llevábamos dentro generaciones de memoria y de lucha. El encuentro no comenzó con discursos y paneles, sino con la quema de incienso, un ritual arraigado en las tradiciones indígenas, latinas y árabes.



El olor a copal o incienso -no estoy segura qué era, pero era reconfortante- ascendía en danzantes bocanadas de humo desde un sahumador en el centro del círculo; una mujer vestida con una hermosa ropa indígena cuidaba con delicadeza y destreza el incienso en el centro. Cerramos los ojos e hicimos una profunda respiración para enraizarnos en la santidad de nuestros cuerpos, absorbiendo el aroma y la energía de las mujeres a nuestro alrededor. Me transportó a mi infancia, cuando mi madre corría detrás de mí con un mabkhara (quemador de incienso árabe), intentando purificarme con el aroma del agar al arder, justo antes del inicio de la celebración de Eid. Esta vez el ritual no era por Eid, sino para limpiar nuestros espíritus del trauma de la violencia que cargábamos dentro y prepararnos así para un viaje de tres días de recuperación y reconexión con nuestros cuerpos. Una a una nos acercamos al incensario y dejamos que los hilos de humo se desplegaran sobre nosotras, enroscándose en los brazos, formando espirales en el cabello y trepando por las piernas. Ofrecimos nuestros cuerpos a las brasas de nuestras ancestras que se alzaban desde ese incensario; invocamos a nuestras matriarcas y antecesoras feministas, y recibimos sus bendiciones sobre nuestra piel.

Estábamos listas.

Feministas de Palestina, El Salvador, Líbano, Guatemala, Jordania, México, Marruecos, Paraguay, Egipto, Bolivia, Iraq, Brasil, Túnez y Honduras nos reunimos no solo para discutir sobre salud y derechos sexuales y reproductivos (SDSR) sino también para conectar nuestras luchas políticas a través del hilo del feminismo. Al ritual de limpieza le siguió una ronda de presentaciones en la sala de reuniones, motivada por una indicación simple pero poderosa:

Preséntate a través de la tierra y las matriarcas que te dieron la vida.

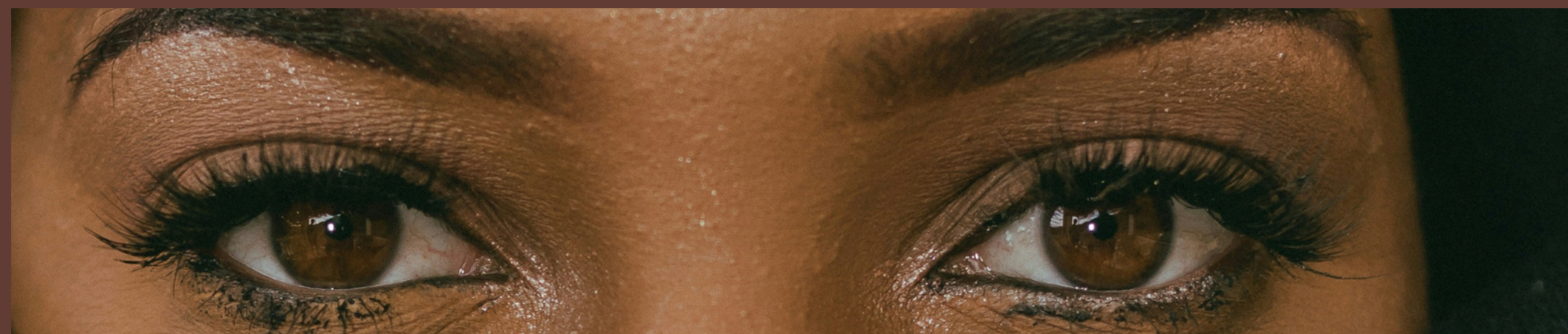


“Soy Justina, de las montañas del Levante, vivo en una comunidad de mujeres valientes que lucharon para que yo estuviera aquí”.



“Me llamo Ivette, de México. Mi abuela es la razón por la que estoy aquí, aunque nunca la conocí. Mi madre me crió apoyándose en todo lo que mi abuela le enseñó”.

Nos sentamos, asombradas, mientras una a una, las mujeres volcaban sus vidas en el círculo. Sin espectáculos, sin ego. Solo nuestra verdad. Llegó mi turno.



Soy Nadia, hija del desierto y niña del mar. Estoy aquí por mi abuela, que fue una niña esposa y por mi hija, porque quiero libertad para ella”.

No eran solo presentaciones, eran declaraciones políticas. Nuestro feminismo no era teórico. Había sido tejido en nosotras por generaciones de sobrevivientes. No nos reunimos solo para 'intercambiar buenas prácticas'. Estábamos aquí para recordar, resistir y reconstruir un movimiento feminista basado en nuestro Sur Global.

Esta publicación, 'Llevamos A Nuestras Madres Con Nosotras' es más que un informe: es un tapiz narrativo tejido a partir de las voces, las experiencias, los traumas y sueños compartidos durante el encuentro Sur X Sur Solidaridad Feminista en São Paulo. Estuvimos bajo el cuidado de dos colectivos valientes: FEMALE, una organización feminista del Líbano que lleva más de una década desmantelando el patriarcado mediante el activismo mediático, con protestas en la calle y campañas lideradas por sobrevivientes en una sociedad sectaria que se desmorona; y Sukuamis, un grupo feminista de raíz indígena en México, cuyo nombre significa 'tejiendo vida' en Tsotsil, reflejo de su compromiso con la sanación intergeneracional, la memoria ancestral y la educación radical. Junto a los equipos regionales de Oxfam en Brasil, SWANA, y ALC (América Latina y el Caribe), crearon un espacio que a veces fue incómodo, pero siempre sin filtros y profundamente real.

Organizar este encuentro resultó ser un acto de voluntad política. Entre el asedio a Gaza, los disturbios en Siria, la guerra en el Líbano, los trámites de visa en Brasil y las realidades del cuidado y del empleo precarios, simplemente llegar al mismo espacio fue ya una forma de resistencia. El proceso había comenzado meses antes, con encuentros virtuales y webinars, pero solo el espacio presencial permitió el matiz, la contradicción y la emoción que exige la verdadera solidaridad. Traducir –entre árabe, español y portugués– fue tanto un puente como una barrera. El trilinguismo fue una elección feminista y decolonial, pero también nos recordó que la fluidez en los idiomas del Norte Global suele determinar a quién se escucha. Nos enfrentamos a preguntas de posicionamiento. No todas las participantes venían de movimientos de base, algunas eran integrantes de ONGs. Otras habían sido criminalizadas por abortos o detenciones y algunas aún estaban explorando cómo su privilegio impactaba en ese espacio. Y sin embargo, a través del malestar, las risas y los rituales, encontramos formas de dialogar a través de las diferencias. A lo largo de tres días, 35 mujeres de 15 países compartimos historias de lucha y resistencia, reímos y lloramos juntas, y creamos una visión colectiva para el cambio. Veníamos de diferentes contextos, pero al final encontramos un lenguaje común en nuestro feminismo y nuestra ferviente esperanza por un mundo justo.

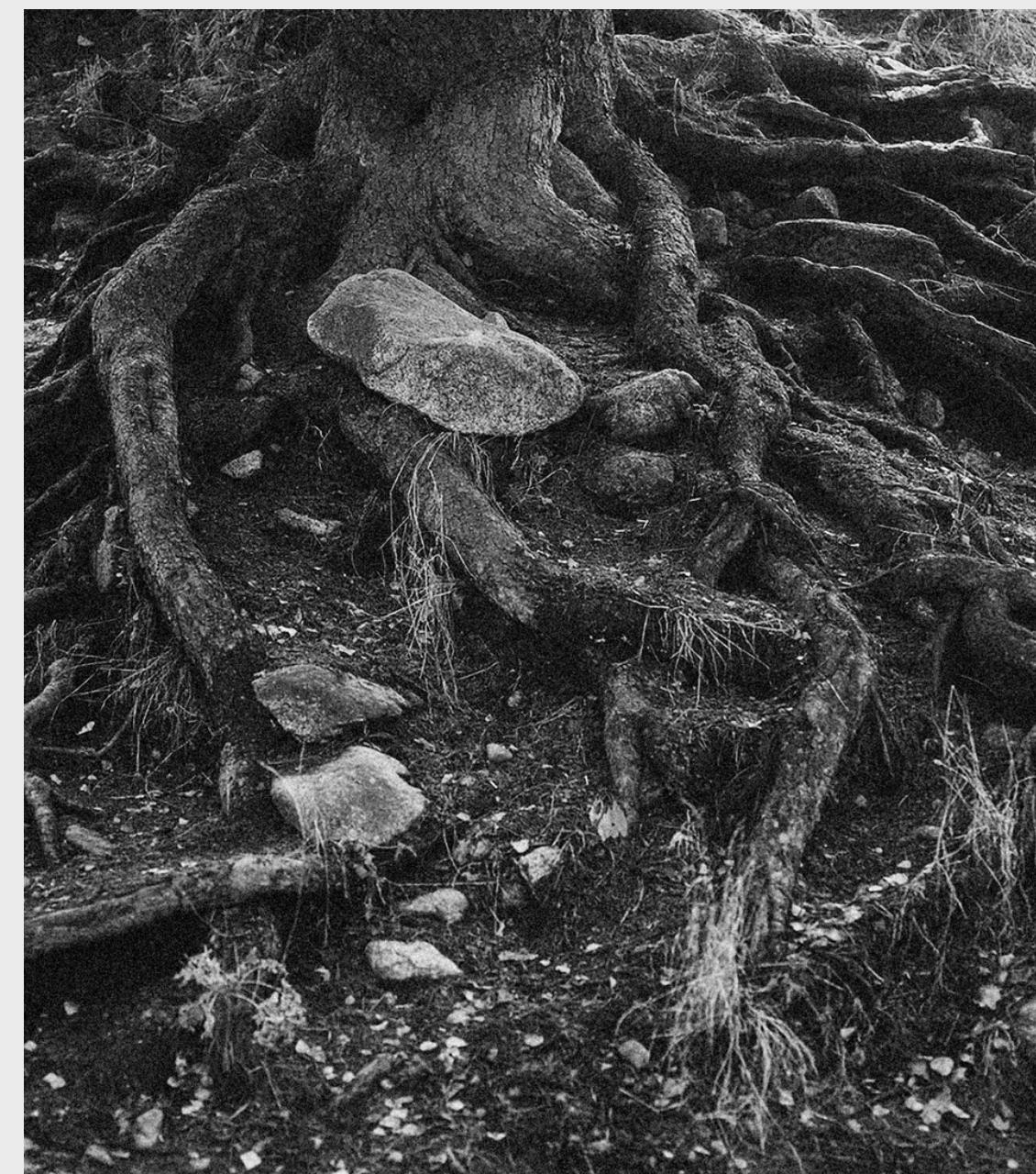


En las siguientes páginas trazamos el arco de esta reunión en diez partes. Empezamos con Raíces y Resistencia, donde exponemos sin filtros las realidades de la salud y derechos sexuales y reproductivos (SDSR) en nuestras regiones: no solo el daño, sino también los actos valientes de desafío. En Estuvimos Sembrando Semillas, compartimos historias de estrategia que ya están floreciendo en nuestras comunidades, desde redes clandestinas de salud hasta parteras feministas, dibujando mapas de lo que funciona cuando el estado nos falla. Luego ampliamos el encuadre en La Geopolítica De Nuestros Cuerpos, reconociendo las fuerzas mayores –el colonialismo, el militarismo y el neoliberalismo– que moldean nuestras decisiones más íntimas. Desde allí, entramos en Un Ritual de Resistencia, una narrativa vívida de cómo se desarrolló nuestro encuentro en São Paulo: no solo a través de presentaciones, sino a través de arte, risas y ofrendas ancestrales.

Luego exploramos Lo Personal es Político es Transcontinental, una reflexión de cómo nuestras batallas personales se reflejan unas en otras, convirtiendo el aislamiento en solidaridad. Esa solidaridad se profundiza en A Través de Generaciones, A Través de Continentes, una conversación entre Alicia, una joven feminista paraguaya, y yo, donde confrontamos el peso de la diferencia generacional e imaginamos cómo podría ser la herencia feminista. En Principios en Práctica, articulamos los valores que guiaron nuestra reunión –decolonialidad, cuidado colectivo, justicia lingüística– no como ideales, sino como prácticas vividas.

Después, en Estamos Trazando Mapas, compartimos lo que soñamos juntas: un futuro de intercambio de ciudades hermanas, gobernanza compartida de recursos y un movimiento que se mueve a la velocidad de la confianza. Y finalmente, en De Encuentro a Movimiento, ofrecemos una hoja de ruta –no un plan, sino un compromiso vivo– para seguir con este trabajo más allá de São Paulo.

Esta publicación es una ofrenda colectiva. Una historia que escribimos juntas con nuestras palabras, nuestros cuerpos, nuestras tristezas y nuestro fuego. Las invito a acompañarnos en esta historia, a sentir la fuerza de nuestra hermandad como hijas del Sur y cargar, junto a nosotras, las luchas de nuestras madres.



Raíces y Resistencia

Las realidades de SDSR en Nuestras Regiones

Durante las sesiones de apertura, las participantes expusieron por turnos las realidades de salud y derechos sexuales y reproductivos en sus comunidades de origen. Aunque nuestras regiones abarcan diferentes lenguas y culturas, rápidamente surgieron temas comunes. En toda la región SWANA, las mujeres suelen enfrentarse a leyes restrictivas y a normas patriarcales profundamente arraigadas que controlan sus cuerpos. En muchos países SWANA, el acceso al aborto seguro está muy limitado o directamente prohibido, y el tabú envuelve temas como la anticoncepción, la sexualidad y la violencia de género. Mientras tanto, en América Latina y el Caribe, los movimientos feministas se han enfrentado a desafíos igual de graves: desde países donde el aborto sigue penalizado hasta comunidades que luchan contra epidemias de violencia de género y feminicidio.

Escuchamos atentamente a cada mujer que hablaba, y nos dimos cuenta de que las raíces de nuestra opresión -y de nuestra resistencia- tenían mucho en común. Muchas de nosotras nos desenvolvemos en sistemas donde la ley, la religión y el patriarcado conforman una trinidad impía. La violencia misógina se despliega desenfrenada y sin control. Las personas LGBTQ+ viven sistemáticamente borradas del discurso estatal. La salud reproductiva se presenta como un fracaso moral. Conozco bien este terreno: llegué a esta reunión desde el Líbano, donde las leyes del estatus personal tratan a las mujeres como menores de edad, bajo tutela masculina perpetua. Donde fui encarcelada por proteger a mi hija de un padre abusador. Donde los tribunales se ocupan menos de la justicia que de disciplinar a las mujeres que se atreven a resistir.

Pero también llegué con fuego en el pecho, al igual que las mujeres junto a mí.

Lina, de Palestina, nos recordó: “Todas las mujeres palestinas que deciden luchar contra la ocupación son la razón por la cual estoy aquí. La lucha feminista es inseparable de la lucha política”.

En Palestina,

la lucha por la salud y los derechos sexuales y reproductivos es inseparable del contexto más amplio de la ocupación fascista de Israel. Los puestos de control, las redadas militares y las restricciones de movimiento dificultan gravemente el acceso a hospitales y clínicas, especialmente para las mujeres embarazadas en Cisjordania y Gaza. El sistema de salud es atacado salvajemente y los servicios esenciales –incluidos la atención materna, la anticoncepción y el apoyo psicosocial– son inaccesibles. La geopolítica moldea directamente los cuerpos de las mujeres palestinas: la salud reproductiva se ve comprometida por la violencia de los colonos, las privaciones económicas y el desmantelamiento sistemático de la infraestructura. En este contexto, la resistencia feminista es médica y política: un acto de supervivencia contra un régimen colonial. Exigir acceso a los SDSR en Palestina es exigir liberación.

Al otro lado del océano, nuestras hermanas de ALC resonaban con realidades paralelas. Hablaron de décadas de lucha para legalizar el aborto y combatir la violencia doméstica, con frecuencia a contracorriente de las poderosas fuerzas de la derecha y de las instituciones religiosas. “En mi país he tenido que ayudar a mujeres que necesitaban un aborto a través de una red clandestina”, compartió Lennie de El Salvador.

En El Salvador

el acceso a los SDSR está fuertemente restringido y profundamente politizado, con una de las prohibiciones de aborto más extremas del mundo: se criminaliza el procedimiento en todas las circunstancias, incluidas la violación, el incesto y el peligro para la vida de la madre. Hay mujeres que han sido encarceladas durante décadas por emergencias obstétricas, y los servicios de salud reproductiva son muy limitados, especialmente para las comunidades rurales y de bajos ingresos. Geopolíticamente, la alineación del país con agendas conservadoras, religiosas y autoritarias –a menudo influenciadas por políticas respaldadas por Estados Unidos y por redes internacionales antiderechos– ha intensificado el retroceso de los derechos de las mujeres. Las activistas feministas en El Salvador no solo luchan por la atención sanitaria, sino también por la libertad frente a la criminalización y la vigilancia que amenaza su misma capacidad de elegir. Leslie describió redes de compañeras que acompañan a mujeres en busca de abortos seguros, encarnando la solidaridad allí donde la ley y los sistemas de salud faltan. Estos relatos subrayan que el progreso sigue siendo frágil y desigual: por cada ley que cambia, hay actitudes que transformar y servicios que garantizar sobre el terreno.





Los cuerpos feministas del Sur Global están en constante negociación con el poder.

La violencia geopolítica –desde la ocupación hasta las sanciones económicas contra activistas y las reglas autoritarias– restringe no solo nuestras libertades, sino también nuestra capacidad de vivir, dar a luz o escoger no hacerlo. A São Paulo llegamos no solo con eslóganes, sino también con cicatrices, cada una un registro de nuestra opresión entrelazada.



En Iraq,

décadas de guerra, ocupación e inestabilidad sectaria han devastado la infraestructura sanitaria, dejando a mujeres y niñas con un acceso muy limitado a los servicios de SDSR. Los hospitales públicos carecen de recursos suficientes y la atención reproductiva suele ser inaccesible, especialmente en las zonas rurales y en aquellas afectadas por conflictos. El aborto está penalizado, excepto cuando la vida de la madre corre peligro, y las conversaciones sobre sexualidad siguen estando profundamente estigmatizadas. La presencia de fuerzas militares extranjeras y la dependencia de la ayuda internacional han contribuido a la fragmentación del sistema de salud, donde los servicios resultan desiguales y están atravesados por cuestiones políticas. Para muchas mujeres iraquíes, en particular las desplazadas y las pertenecientes a minorías, la geopolítica no sólo determina las políticas, sino que también determina si sobreviven al parto o si tienen acceso a métodos anticonceptivos.

En Jordan,

la salud y los derechos sexuales y reproductivos están condicionados por una red de normas culturales conservadoras, leyes restrictivas y agendas de desarrollo impulsadas por donantes. Si bien los servicios de planificación familiar son relativamente accesibles en las zonas urbanas, la educación sexual integral sigue siendo un tabú y el aborto solo se permite para salvar la vida de la mujer. Las mujeres refugiadas se enfrentan a mayores obstáculos, desde falta de documentación hasta prácticas sanitarias discriminatorias. La posición geopolítica del país, que acoge múltiples oleadas de desplazados, ha creado un sistema de salud fragmentado donde los donantes internacionales suelen dictar las prioridades, dejando los SDSR de las adolescentes y las comunidades marginadas sin suficiente financiación ni atención. En este contexto, las activistas feministas deben lidiar no solo con el estigma social, sino también con las políticas de ayuda.





En Lebanon,

la continua agresión sionista y el colapso de la economía y las instituciones públicas han devastado el sector sanitario. El acceso a la salud y a los derechos sexuales y reproductivos se caracteriza por una profunda desigualdad estructural. Si bien la sanidad privada ofrece servicios de SDSR a quienes pueden permitírselo, los servicios públicos están insuficientemente dotados y con frecuencia resultan inaccesibles, especialmente para las refugiadas sirias y palestinas. La guerra intensificó la pobreza menstrual entre las niñas y las mujeres de todo el país, dejándolas vulnerables a infecciones y enfermedades. Las crisis geopolíticas – incluida la ocupación, la dependencia financiera de la ayuda de donantes y la persistente influencia de las instituciones religiosas sobre las leyes del estatuto personal – han dejado a las mujeres y las niñas atrapadas entre el abandono humanitario y el gobierno patriarcal. Las leyes sectarias sobre el estatuto personal niegan a las mujeres la custodia, el derecho al divorcio y a la herencia; yo misma he sufrido y sigo sufriendo las leyes sectarias en lo que respecta a la custodia de mi hija.

“Mi nombre es Sara... Las mujeres del Sur que luchan contra la agresión sionista y la ocupación con su propia carne... ellas representan mi resistencia”.

En Syria,

la inestabilidad actual ha desplazado a millones de personas y ha erosionado el acceso a la atención sanitaria, incluidos los servicios reproductivos. El matrimonio infantil, la violencia sexual y la mortalidad materna han aumentado drásticamente. Las sanciones restringen aún más la ayuda y la importación de anticonceptivos.

En Egipto,

el Estado vigila estrechamente los movimientos feministas. El aborto está penalizado, salvo en raras circunstancias, y el acoso sexual es rampante a pesar de las reformas legales. La educación en SDSR es deficiente en las escuelas y el estigma social disuade a las mujeres de buscar atención médica. En Marruecos y Túnez, aunque son a menudo considerados "progresistas" en la región, el aborto sigue siendo ilegal **en Marruecos y solo parcialmente legal en Túnez**. En ambos países, las mujeres rurales y pobres carecen de acceso a atención médica reproductiva. Las comunidades LGBTQ+ se enfrentan a la criminalización y a la difamación pública.

“Soy Alexandra... Mi madre perdió la vida por violencia doméstica. Lucho por ella, por mi hija y por todas las mujeres que sufren”.



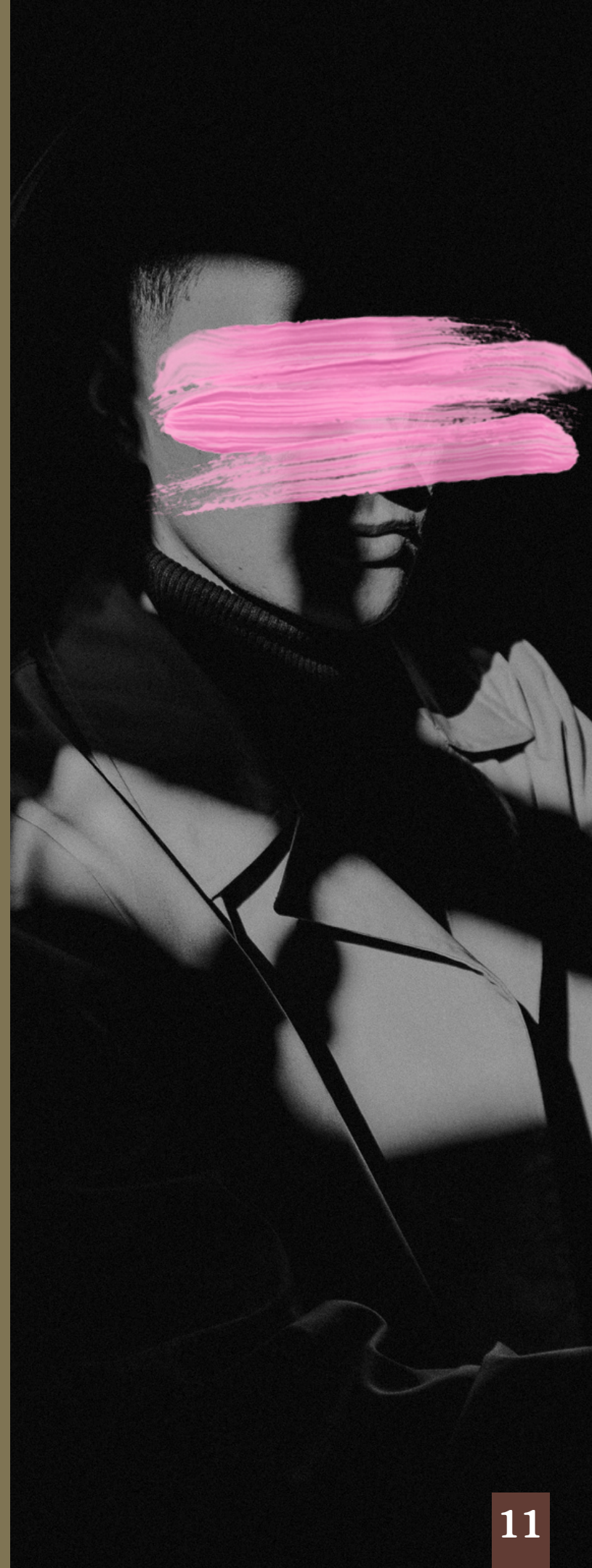
En México,

los SDSR se encuentran en un panorama complejo marcado tanto por las reformas legales progresistas como por las desigualdades persistentes. Aunque la Corte Suprema despenalizó el aborto a nivel federal en 2021, el acceso permanece desigual en todo el país, ya que muchos estados mantienen leyes restrictivas y servicios limitados. Las mujeres indígenas y rurales, en particular, se enfrentan a importantes barreras para acceder a los servicios de SDSR debido al aislamiento geográfico, las diferencias lingüísticas y la discriminación sistémica. La militarización y la guerra contra las drogas han desestabilizado regiones enteras, afectando el acceso a la atención médica y aumentando la violencia de género. Factores geopolíticos como la influencia de grupos religiosos conservadores y políticas internacionales como la Política de la Ciudad de México de Estados Unidos, complican aún más la prestación de una atención sanitaria reproductiva integral. La Política de Ciudad de México es particularmente reveladora de cómo se diseña la política exterior estadounidense. A menudo denominada 'Ley Mordaza Global', la Política de Ciudad de México es una política del gobierno estadounidense que prohíbe a las organizaciones no gubernamentales (ONGs) extranjeras recibir financiación sanitaria global de Estados Unidos si ofrecen, promueven o incluso discuten el aborto como método de planificación familiar, incluso si lo hacen con fondos propios, no estadounidenses.

A pesar de estos retos, los colectivos feministas y las organizaciones de base siguen defendiendo el acceso equitativo a la salud y los derechos sexuales y reproductivos, esforzándose por reducir la brecha entre los derechos legales y la realidad cotidiana.

En Honduras,

al igual que en El Salvador, los SDSR están severamente restringidos por uno de los marcos legales más estrictos del mundo. El aborto está completamente prohibido en cualquier circunstancia – incluso cuando la vida de la madre corre peligro – y esa prohibición está consagrada en la Constitución, lo que dificulta enormemente su reforma. La anticoncepción de emergencia también está prohibida, y las mujeres que sufren abortos espontáneos corren el riesgo de ser procesadas penalmente. Estas políticas perjudican desproporcionadamente a las mujeres pobres, rurales e indígenas, muchas de las cuales carecen de acceso a atención médica básica. La alianza de Honduras con las fuerzas religiosas conservadoras y su dependencia de la ayuda internacional han afianzado las políticas patriarcales, dejando a un lado los derechos de las mujeres en favor de la conveniencia política. Las activistas feministas siguen resistiendo, pero lo hacen en un contexto donde la autonomía reproductiva está criminalizada y la disidencia a menudo se enfrenta a la represión estatal.





En Paraguay y Bolivia,

las comunidades indígenas y afrodescendientes enfrentan graves obstáculos para acceder a los SDR. La falta de servicios sensibles a las diferencias culturales, la pobreza y el conservadurismo religioso restringen la autonomía corporal, y los movimientos feministas están criminalizados en virtud de leyes “antiterroristas”.

En Guatemala,

las mujeres indígenas se enfrentan a una discriminación sistémica en la atención médica. La esterilización forzada, la falta de acceso a anticonceptivos y la violencia sexual están muy extendidas, especialmente en zonas rurales y en zonas que sufrieron conflictos. Entre 2018 y 2024, más de 14.000 niñas menores de 15 años dieron a luz, muchas de ellas como resultado de violencia sexual, a menudo perpetrada por algún miembro de la familia. A pesar de ello, la justicia sigue siendo esquiva, ya que solo una pequeña fracción de los casos dan lugar a condenas y las activistas que alzan la voz se enfrentan a amenazas de actores empresariales y estatales vinculados a las industrias extractivas.

En Brasil,

a pesar de contar con uno de los sistemas de salud pública más grandes del mundo (SUS), sufre disparidades sanitarias racializadas. Las mujeres negras e indígenas enfrentan las tasas más altas de mortalidad materna. Los legisladores conservadores brasileños se han opuesto al derecho al aborto y a la educación sexual integral.

“Soy Nay, de São Paulo... Soy la única mujer de mi familia que completó su educación. Espero que mi hija también conozca algún día a mujeres de todo el mundo como estas”.



Nuestro panorama compartido de lucha

Aunque los sistemas de opresión se manifiestan de manera diferente – ocupación, dictadura, violencia colonial, neoliberalismo, fundamentalismo religioso– el resultado es el mismo: la negación de la soberanía corporal. Estas fuerzas geopolíticas y patriarcales crean un mosaico de derechos fragmentados en el que el acceso a la atención sanitaria está determinado por la clase social, la ubicación y la afiliación política. Sabíamos que ningún gobierno ni entidad multilateral nos liberaría. La liberación debía ser construida por manos de mujeres que han resistido la guerra, alimentado a sus hijos durante las sanciones, marchado contra los cárteles, cosido pancartas desde el dolor y permanecido firmes en los pasos fronterizos. Por eso nuestra reunión era tan urgente.

A pesar del dolor en estos testimonios –historias de vidas perdidas por abortos inseguros y la falta de acceso a servicios de salud sexual y reproductiva, de mujeres jóvenes obligadas a ser madres, de madres que huyen del abuso doméstico, de personas LGBTQ+ a las que se les niegan sus derechos básicos–, también hubo un poder profundo.

Cada participante habló no como víctima sino como agente de cambio en su contexto.

Desde las comunidades indígenas de los Andes que luchan por la atención sanitaria materna, hasta los campamentos de refugiados del Levante, donde las mujeres forman círculos de apoyo para sobrevivientes de la violencia, el mensaje fue claro: nuestras regiones son ricas en resistencia. Continuamos la labor de nuestras madres y las veteranas del movimiento, y nos inspiramos en nuestras hermanas e hijas jóvenes, que plantan nuevas semillas de libertad incluso en suelo hostil. Al compartir estas raíces y realidades, el grupo comenzó a vislumbrar los contornos de una lucha compartida. El diálogo Sur-Sur fue esclarecedor: lo que antes era una lucha solitaria en Honduras o el Líbano ahora se entendía como parte de un tapiz trasregional de resistencia feminista. Armadas con este conocimiento, la reunión estaba lista para profundizar en por qué persisten estas realidades y cómo las fuerzas globales moldean las batallas personales que libramos cada día.

Estábamos sembrando semillas

Lecciones de nuestras luchas por los SDSR



Después de la gravedad de nuestras discusiones iniciales -cuando nombramos los daños y rastreamos la violencia- algo cambió. Fue como si, tras haber expuesto las raíces del patriarcado y la represión en nuestros contextos, necesitáramos recordarnos a nosotras mismas que no solo somos sobrevivientes. Somos jardineras de la resistencia. Portadoras de semillas. Constructoras de lo que aún puede ser. Así que empezamos a compartir lo que ya habíamos sembrado. De cada país representado en nuestro círculo surgieron historias: no de teorías, sino de tácticas. No de aspiraciones, sino de acciones que ya se estaban llevando a cabo, a veces en silencio, a menudo con valentía, en rincones donde el Estado se ha retirado y reina el patriarcado. No se trataba de programas pulidos con marcos lógicos impecables. Eran actos de supervivencia convertidos en sagrados. Recuerdo haber escuchado a Lisa, de Honduras, hablar sobre el trabajo de acompañamiento: cómo los colectivos feministas se arriesgan a la cárcel y a la persecución por proteger a las mujeres que buscan abortar en un país donde la práctica está absolutamente prohibida. En su voz no había autocomplacencia. Solo claridad.

“Hacemos lo que hay que hacer”, dijo, “porque la ley nunca se escribió para nosotras”.

En México, las sukuamis compartieron cómo están recuperando los sistemas de conocimiento indígenas a través de la partería y la sanación comunitaria, ofreciendo no solo atención reproductiva, sino también un enraizamiento espiritual y cultural para niñas y mujeres alejadas de la sabiduría ancestral. En Bolivia y Guatemala, las compañeras describieron cómo los programas de radio, fanzines y murales se han convertido en herramientas de educación sobre salud y derechos sexuales y reproductivos, eludiendo la censura y llegando a comunidades remotas con mensajes de autonomía, placer y seguridad.

Me conmovió el trabajo que está surgiendo en Irak: médicas feministas que forman círculos de capacitación entre pares en zonas posconflicto, garantizando que la atención no dependa de ONGs extranjeras sino que se base en redes locales. Y en Egipto se están llevando a cabo sesiones clandestinas de educación sexual en cocinas y cafeterías: de forma discreta, cuidadosa, pero profundamente radical. Activistas palestinas compartieron herramientas digitales diseñadas para educar a la juventud sobre el consentimiento y los derechos corporales a pesar de la vigilancia y la ocupación. Una mujer de Túnez habló de reescribir los planes de estudio con docentes dispuestos a desafiar el silencio del Estado sobre la sexualidad. Desde el Líbano, compartí cómo durante la guerra ayudé a distribuir kits de dignidad para mujeres en situación de pobreza menstrual con FEMALE, y organicé círculos de sobrevivientes en espacios donde el gobierno había desaparecido por completo.

En Paraguay, las feministas han desafiado el adultocentrismo –el silenciamiento estructural de las voces de la juventud– para garantizar que las niñas y las mujeres jóvenes sean las encargadas de la toma de decisiones en defensa de los SDSR. En Brasil, la violencia obstétrica se está denunciando y documentando gracias a iniciativas de base lideradas por mujeres negras e indígenas. Y en El Salvador, valientes abogadas luchan caso por caso para liberar a mujeres encarceladas por emergencias obstétricas, a menudo con gran riesgo personal.

Lo que más me impactó fue la frecuencia con la que estas estrategias dependen de la comunidad, no de las instituciones. Los sistemas formales nos han fallado. Así que construimos otros, sistemas informales que se mantienen unidos gracias a los hilos de WhatsApp, la confianza y la memoria intergeneracional. Esa fue la belleza de esta reunión. No fue una capacitación. Fue un recuerdo. Un dejar herramientas a los pies de las demás. Lo que funcionó en Beirut podría inspirar un cambio en La Paz. Lo que floreció en San Salvador podría abrir un nuevo terreno a Bagdad. No partíamos de cero. Estábamos en terreno fértil. Alguien dijo: “Necesitamos un mapa de lo que ya estamos haciendo”.

**Y recuerdo haber pensado:
este es ese mapa.**



La Geopolítica de Nuestros Cuerpos

Las conversaciones pronto se ampliaron para examinar las fuerzas más amplias en juego: comenzamos a desentrañar la geopolítica que gobierna nuestros cuerpos. Participantes de SWANA y LAC hablaron sobre cómo la historia, la política y la economía influyen directamente en la intimidad de nuestras vidas. Reconocimos cómo el legado del colonialismo sigue presente en nuestras leyes y moldea nuestra gobernanza, y cómo su violencia sigue devastando nuestras tierras y cuerpos. Para algunas de nosotras, décadas después de la independencia, nuestras naciones siguen lidiando con estructuras de poder impuestas desde el extranjero, ahora reforzadas por el patriarcado autóctono. Para otras, la ocupación y el colonialismo de asentamientos son una realidad vivida que afecta todos los aspectos de la vida de las mujeres. En SWANA, la política exterior occidental -diseñada para dividirnos- agrava los desafíos, como señaló Salma de Palestina.

“El colonialismo de asentamientos no solo nos quita nuestras tierras, se infiltra en nuestros hogares y en nuestros cuerpos, dictando si podemos acceder y cómo a la sanidad, la seguridad y la libertad”.

Sus palabras nos recordaron a todas que la opresión a menudo se manifiesta de la forma más personal. Hemos visto todo en directo en nuestras sesiones diarias de scroll compulsivo de noticias catastróficas: niños alcanzados por balas de francotiradores, mujeres embarazadas asesinadas a tiros en las calles, madres llorando la muerte de sus gemelos recién nacidos, violaciones justificadas como arma de guerra. El aire se volvió pesado tras el testimonio vulnerable de Salma. Hicimos una pausa, un reconocimiento del genocidio bárbaro que está en curso.

Llevé conmigo las palabras de Salma y de inmediato pensé en mi hija de cuatro años, que estaba en Líbano, con quien acababa de sobrevivir a una guerra. Vi flashbacks en mi cabeza: cómo escapamos de nuestra casa en Beirut, cómo enfermó y yo no tenía acceso a su médico ni a medicamentos de confianza, la tristeza en su rostro al ver la situación de los niños desplazados en los albergues durante nuestras visitas de ayuda, cómo su padre se esforzó por hacernos sentir aún más inseguras. En ese momento, me di cuenta de que tenía más en común con Salma de lo que me hubiera gustado. La guerra y la ocupación se estaban convirtiendo también en la realidad que vivíamos mi hija y yo, por encima de la violencia doméstica que condiciona cada uno de nuestros movimientos. La instrumentalización de nuestra maternidad se estaba utilizando a escala micro y macro; la violencia doméstica reflejaba la violencia colonial en su control, vigilancia e impunidad; ambas subrayadas e impulsadas por el patriarcado.

Volví a conectarme a la conversación y descubrí que las mujeres de LAC aportaron sus propios testimonios sobre la violencia colonial. En Honduras, la prohibición total del aborto no es solo una política local; se aplica a través de la policía y los tribunales alineados con regímenes autoritarios, algunos de los cuales cuentan con el respaldo de la ayuda estadounidense en materia de seguridad. En Guatemala y El Salvador, organizaciones “provida” financiadas por Estados Unidos trabajan en colaboración con los gobiernos locales para hacer retroceder los derechos de las mujeres. En Paraguay, las mujeres indígenas se enfrentan a los peligros de la explotación estadounidense a través de industrias extractivas que contaminan sus aguas y reducen sus tierras, con consecuencias directas para la salud materna y la justicia ambiental. Alguien nos recordó cómo, cada pocos años, cuando cambia la administración estadounidense, la financiación para la salud de las mujeres de todo el mundo se enciende y se apaga como una bombilla, dependiendo de si una organización menciona o no el aborto. En México, una compañera feminista contó cómo una clínica con la que trabajaba tuvo que cerrar porque no cumplía con esa política.

“Nos quieren silenciar a cambio de medicamentos”, dijo.

En un país tras otro, nuestros cuerpos se han convertido en campos de batalla para guerras ideológicas más amplias. Sin embargo, en medio de este profundo análisis, también reconocimos nuestra capacidad de acción: al comprender estas corrientes geopolíticas, podemos navegarlas mejor y resistirlas. Cuanto más profundizamos, más nos damos cuenta: Lo que pasa con nuestros cuerpos no es coincidencia. Es intencional. Es un residuo colonial, del capital global y del arte de gobernar patriarcal.

En algunos lugares, criminalizan el aborto.

En otros, bombardean clínicas.

En algunos, nos colman de ayudas, pero solo si nos comportamos.

En otros, desaparecen a nuestras lideresas.

Y, sin embargo, en todos los contextos resistimos.

“Tratan de controlar nuestros cuerpos como controlan nuestras tierras, pero reclamamos ambos”.

Lisa lo declaró con firmeza durante un debate. En su vida como organizadora feminista ha visto cómo la solidaridad puede contrarrestar el aislamiento. Describió cómo, cuándo se deroga una prohibición restrictiva del aborto en un país, se genera una ola de esperanza en otros. Recuerdo que dijo:

“Cuando intentan silenciar a una de nosotras, todas debemos alzar la voz”.

No estaba hablando metafóricamente. Lo había vivido, organizando protestas en Honduras por las mujeres sentenciadas a 30 años por abortos espontáneos, mientras veía cómo su propia familia le daba la espalda por su activismo. La visión de Lisa capturaba la esencia de por qué nos habíamos reunido: para unirnos más allá de las fronteras, de modo que una victoria en un lugar se convierta en una victoria para todas, y una amenaza para una, se enfrente a una defensa colectiva. Nos miramos unas a otras a través del círculo. Éramos de diferentes lugares: algunas de guerras en curso, otras de fascismos en auge, otras de colapsos económicos. Pero el control de nuestros cuerpos estaba siempre conectado a algo más grande: control político, extracción de recursos, expansión de asentamientos, control de fronteras.

Los complejos geopolíticos no son abstractos. No son superficiales. Son uterinos.

Estas conversaciones dejaron claro que no podemos ver los SDSR (salud y derechos sexuales y reproductivos) ni la justicia de género de forma aislada. Cada historia personal se inscribe en una red de políticas, relaciones de poder y tendencias globales. Quedó evidenciado que forjar un frente feminista transcontinental no es solo aspiracional: es necesario.

Salimos de esta sesión con una conciencia más aguda de que, aunque los desafíos son inmensos e interconectados, también lo es nuestra solidaridad. Si las fuerzas patriarcales y anti-derechos se coordinan a nivel global, nosotras también debemos hacerlo. Y, a partir de ahí, supimos que nuestro siguiente paso —nuestro trabajo— no debía comenzar con propuestas de políticas públicas, sino con ritual.

**Así que volvimos al cuerpo.
A la respiración.
Al arte.
Al ritmo.**





Un Ritual de Resistencia

La reunión de São Paulo

Desde el principio, la reunión en São Paulo se diseñó como un ritual vivo de resistencia. El primer día, nos reunimos en el suelo formando un gran círculo. Cada mujer trajo consigo una ofrenda de su hogar: hierbas, especias, recetas familiares, tejidos tradicionales, velas, fotografías, recuerdos; pequeños objetos llenos de significado y herencia personal. Una a una colocamos estas ofrendas en el centro de nuestro círculo, creando un rico tapiz de colores y texturas, un altar colectivo que era en parte mercado, en parte cementerio, en parte mesa de cocina. Mientras lo hacíamos, cada participante se presentó a través de la lente del objeto que había traído, a menudo compartiendo alguna anécdota sobre su madre o su abuela. **“Soy hija de una mujer que no sabía leer, pero que siempre tuvo ideas”**, dijo Nay sosteniendo una rama de cacao de la tierra de su abuela en Brasil.

“Mi hermano me puso el nombre de una chica que una vez amó, así que tal vez llegué a raíz de una historia de amor”,

dijo Mona, de Marruecos. Aún no lo sabíamos, pero ese momento –esa primera ofrenda– se convertiría en el centro gravitatorio de toda la reunión. La sala se impregnó con el aroma de salvia y cardamomo, y estallaban risas entre lágrimas cuando alguien sostenía un chal viejo muy querido o un paquete de semillas del jardín de su madre.

Este ritual de apertura fue una invocación de gratitud y de unidad; literalmente llevamos a nuestras madres –su sabiduría, su resiliencia, su memoria– a ese espacio y las honramos. El acto de compartir estas piezas de nuestras vidas derribó las barreras de inmediato.

Aunque muchas nos acabábamos de conocer, el círculo se convirtió en un espacio de confianza. Nos escuchamos unas a otras a través de la interpretación simultánea en árabe, español y portugués, mediante auriculares; aunque puede que se perdieran algunas palabras en la traducción, la emoción y la solidaridad eran palpables más allá del lenguaje. Cuando la última mujer terminó de hablar, sentimos que nuestras madres y antepasadas, aunque ausentes en persona, estaban sentadas allí con nosotras, asintiendo con aprobación ante esa hermandad que se extendía más allá de las fronteras.

Este enfoque descolonizado de convocatoria, que prioriza la narración, los rituales y la práctica corporal, marcó la pauta para los días siguientes. Nuestras facilitadoras, Perla Martínez de México y Christina Kaghadou de Siria, nos guiaron no mediante conferencias o presentaciones de PowerPoint, sino a través de sesiones de diálogo, arte, movimiento y reflexión colectiva. Los dibujos y carteles que adornaban las paredes (esbozados por las participantes para expresar sus visiones de libertad) y los numerosos círculos que formamos (para dialogar, bailar, meditar) transformaron una sala de conferencias ordinaria en un vibrante santuario feminista.

Es difícil describir lo que ocurrió en ese círculo sin recurrir a metáforas. No fue solo un ritual, fue un ajuste de cuentas. Una lenta disolución de las formalidades que traíamos con nosotras. La rigidez. Las posturas. La urgencia por producir. Se derritieron. El espacio que creamos no era solo ceremonial. Era político. Porque reunirnos como feministas –más allá de los idiomas, las geografías y los traumas– y empezar con la respiración en lugar de la agenda, con la historia en lugar de la estrategia, es rechazar la lógica del patriarcado. La lógica que dice: apúrate, produce, resume, soluciona.

No hicimos nada de eso. Bailamos. Pintamos. Nos recostamos en el suelo. Y sí, hablamos. Nos preguntamos: ¿Cuál es tu sueño? ¿A qué huele la libertad en tu mundo? ¿Quién te enseñó sobre tu cuerpo? ¿Quién te quitó ese conocimiento?

Había hojas gigantes de papel pegadas a las paredes que, poco a poco, se fueron cubriendo de dibujos: flores sangrantes, cadenas rotas, mapas de países imaginarios donde el aborto era libre y la alegría era obligatoria. Trazamos nuestras siluetas y las llenamos de visiones: lo que nuestros cuerpos llevan, lo que recuerdan, lo que anhelan liberar. Lloramos a menudo. Reíamos aún más. Durante un descanso, alguien repartió chocolate. En otro, nos sentamos en silencio a ver cómo una tormenta se cernía sobre el horizonte de São Paulo. No hubo mesas redondas. No hubo ponentes principales. Solo círculos. Pequeños y grandes. Círculos de movimiento. Círculos de historias. Círculos de sanación. Círculos de conflicto. Todos cíclicos.

Una tarde nos aventuramos juntas en un recorrido especial por el centro histórico de São Paulo, con feministas afrobrasileñas locales como guías. Bajo los paraguas, bajo una lluvia ligera, caminamos por las calles aprendiendo sobre la historia de la resistencia afrodescendiente de la ciudad: visitando lugares emblemáticos de la lucha y la liberación de las mujeres negras. La experiencia fue reveladora para quienes no somos de Brasil; vimos cómo la lucha contra el racismo y la lucha por la justicia de género son inseparables. De pie ante un monumento en honor a las mujeres esclavizadas que se rebelaron, nos tomamos de las manos en silencio. Muchas de nosotras lloramos de emoción al reflexionar sobre cómo la lucha por la libertad siempre ha sido global –la colonización que afectó a América Latina, también afectó a SWANA y los mismos sistemas capitalistas y racistas que subyugaron a las personas de una región tuvieron ecos en la otra. La excursión situó nuestros debates en un contexto real y vivido de São Paulo, recordándonos que la solidaridad feminista debe ser interseccional y abarcar la justicia racial, la justicia económica y la justicia climática.

Incluso nuestros descansos y las tardes se convirtieron en oportunidades para profundizar las conexiones y el tema de la resistencia nunca nos abandonó. Compartimos aperitivos picantes de Jordania, dulces de Guatemala y un fuerte café brasileño durante conversaciones informales que a menudo se convertían en lluvia de ideas estratégicas o narraciones improvisadas. Recuerdo una conversación durante el desayuno que no se me ha olvidado desde entonces.





Estaba sentada con Salma, de Palestina, y Hayat, del Líbano, así que, naturalmente, se convirtió en una mesa de habla árabe, hasta que Nat, de Brasil, se unió a nosotras intencionalmente. Ella buscaba salir de su zona de confort y enfrentarse a la barrera del idioma que podría dificultar nuestra comunicación. Me alegro mucho de que lo hiciera.

Salma llevaba puesto lo que resultó ser un espectacular iniciador de conversación: un pin en su camisa tan llamativo que ninguna pudo ignorarlo. Era un símbolo de resistencia, claro y muy pertinente. De ahí surgió una conversación transcontinental asistida por la IA sobre la resistencia armada. Incluso sin la aplicación de traducción, se notaba la pasión con la que Nat expresaba su solidaridad con la resistencia armada palestina, relacionándola con su propia experiencia vivida como brasileña afrodescendiente, perteneciente a un movimiento de liberación que también defendía su derecho humano fundamental a enfrentarse a la brutal opresión sistémica mediante la resistencia armada. Hablamos de mecanismos de supremacía blanca, como el sionismo, el colonialismo y la esclavitud, y todas coincidimos en que Salma debía enviarnos un pin como el suyo. Un pin que pudiéramos llevar con orgullo en nuestras ciudades para representar nuestra solidaridad con la resistencia armada palestina.

Hubo noches en las que subíamos el volumen de la música y bailábamos dabke, salsa y samba por turnos. Se oían risas mientras probábamos los pasos de baile de las demás y enseñábamos las letras en árabe o español. Sentadas en las camas del hotel, intercambiamos historias sobre nuestras hijas, nuestras exparejas, nuestros juicios, nuestros milagros. En esos momentos de alegría, las barreras lingüísticas y las diferencias culturales se evaporaban; éramos sencillamente un grupo de mujeres celebrando la vida y la hermandad. Estas experiencias informales de unión no eran solo pasatiempos divertidos, eran fundamentales para construir confianza y solidaridad. No eran distracciones del "trabajo real". Eran el trabajo. El tipo de trabajo feminista que rechaza la fragmentación. Que integra lo emocional, lo político, lo espiritual y lo erótico como parte de un mismo todo. Como expresó una participante al día siguiente:

“Llegué aquí abrumada por la responsabilidad. Pero después de bailar y reír con ustedes, me siento más ligera; siento que ahora todas llevamos la carga juntas”.

De hecho, el encuentro de São Paulo nos nutrió, dándonos una muestra del mundo liberado por el que luchamos, un mundo donde la solidaridad feminista es una fuente de fortaleza, sanación y alegría.

Lo Personal es Político, es Transcontinental

El famoso eslogan feminista “Lo personal es político” adquirió una nueva dimensión en São Paulo. Algunas historias no se pueden resumir en puntos clave. Llegan en el temblor de una voz, de una mirada compartida al otro lado de la sala, en el repentino torrente de lágrimas que no esperabas derramar. Así fue el tercer día. Habíamos pasado los primeros días nombrando sistemas, leyes, ocupaciones, economías: todas las fuerzas externas que moldean nuestras vidas. Pero en esta sesión, el foco se desplazó hacia el interior y sentí un nudo familiar en la garganta. Para mí, lo personal y lo político no solo están entrelazados, sino que son indistinguibles. Llegué a São Paulo aún convulsionada por una batalla que no había elegido, pero que me había visto obligada a librar:

una batalla por mi hija, por mi dignidad, por mi cordura, librada contra un sistema judicial sectario en el Líbano que protegía a mi agresor y me castigaba por haber sobrevivido.

Pasé diez días en prisión, no por haber hecho daño a nadie, sino por intentar proteger a mi hija de un padre al que el sistema se negaba a responsabilizar. Me silenciaron, me vigilaron, me manipularon. No era solo una mujer en el tribunal, era una madre criminalizada por cuidar. Y, sin embargo, de alguna manera, seguía creyendo en el poder de la solidaridad feminista, en la posibilidad de que, en algún lugar al otro lado del océano, alguien me comprendiera.

En ese círculo la conocí, era de Guatemala. Ella también había perdido la custodia de su hijo a manos de un hombre violento. A ella también la tacharon de inestable, demasiado emocional, excesiva. Y cuando hablamos, no a través del micrófono sino sentadas en el suelo, hombro a hombro, no necesitamos explicarnos. Lo sabíamos.



“Dicen que no somos aptas porque nos resistimos”, me dijo. “Dicen que somos inestables porque sentimos”.

En ese momento, lo personal se volvió no solo político, se volvió transcontinental. Descubrimos que nuestras historias, aunque arraigadas en paisajes muy distintos, compartían la misma estructura. Nos habían castigado por elegirnos a nosotras mismas. Nos habían castigado por nombrar la violencia. Nos habían castigado por ser madres de otra manera: no como ejecutoras del patriarcado, sino como quienes lo desafían.

Otras mujeres se unieron a la conversación. Una joven mujer de SWANA habló, con dificultad, sobre su intento de acceder a métodos anticonceptivos como estudiante soltera. Al otro lado de la habitación, alguien de LAC comenzó a llorar “Esa podría haber sido yo,” dijo. “Fui yo”.



Pensé en Nawal El Saadawi, quien escribió la verdad sobre su propia circuncisión femenina en la literatura feminista global. Pensé en Berta Cáceres, asesinada por defender su tierra y a su gente en Honduras. En Laila Khaled, que llevó tanto un rifle como una causa en Palestina. Pensé en Mona Al Tahawy, Rigoberta Menchú, Gloria Anzaldúa; todas ellas cargaban con una herida personal que se convirtió en arma política. Estas mujeres no entraron en la historia por invitación. Irrumpieron en ella porque el silencio ya no era una opción, porque su situación personal no podía ni debía separarse de nuestro panorama político. No vine a São Paulo para ser escuchada. Vine porque quería recordar qué se siente al ser creída. Y lo fui. No porque mi historia fuera excepcional, sino porque no lo era. Hay algo profundamente liberador en darse cuenta de que tu trauma no es único. Eso no lo hace más fácil. Pero lo hace político. Lo hace accionable. Eso significa que cuando hablamos -sea en un círculo, en un tribunal o en una protesta- hablamos no sólo por nosotras mismas.

Ese día hicimos un pacto informal. Para llevar y compartir nuestras historias. Para hablar de El Salvador en el Líbano. Hablar de Gaza en México. No dejar que nadie se sienta sola en su lucha nunca más. Porque cuando lo personal se vuelve político y luego transcontinental, se transforma. Se convierte en legado. Se convierte en estrategia.

Se convierte en fuego.

A través de generaciones, a través de continentes

Una conversación entre Nadia y Alice



Hubo un momento en São Paulo al que vuelvo a menudo, no porque fuera grandioso o dramático, sino porque me ofreció una especie de claridad tranquila que no sabía que anhelaba. Me senté frente a una joven feminista paraguaya, de solo veintiséis años. Nos invitaron a conversar sobre el feminismo intergeneracional, pero lo que se desarrolló fue más bien un intercambio íntimo entre dos mujeres que intentaban encontrarse a través del tiempo.

“Quiero escucharte” le dije, honestamente “Hay una diferencia de quince años entre nosotras. Y después de tu generación viene la de mi hija. Así que necesito saber: ¿qué ves? ¿Qué necesitas? ¿Qué esperas de tu feminismo que el mío quizá aún no comprenda?”

Al inicio su respuesta fue cautelosa, pero pronto sus palabras fluyeron. Habló del adultocentrismo, expresión que yo no había escuchado antes, pero la reconocí de inmediato: el silenciamiento estructural del conocimiento y la capacidad de acción de los jóvenes. En su organización, dijo, trabajan para identificar esta dinámica y desmantelarla. Me habló de las feministas de mayor edad en su movimiento que todavía creen que la sabiduría llega con la edad, mientras que las más jóvenes arden con visiones que a menudo se descartan como ingenuas. Le dije que en mi región ocurría lo mismo, que en SWANA el poder político sigue en manos de los mayores, a menudo hombres y que la rebelión de los jóvenes suele confundirse con una falta de respeto en lugar de verla como imaginación.

Entonces dijo algo que se me quedó grabado:

“A veces me siento inmovilizada. No porque sea perezosa, sino porque no sé si mi futuro siquiera llegará”.

No exageraba. Describía a una generación que crecía sin acceso a atención médica, a empleos, a la tierra, a la certeza. Mientras que las generaciones mayores tenían casas y pensiones, la suya vivía al día con empleos precarios. Su feminismo, dijo, no solo está moldeado por la injusticia de género, sino por el colapso climático, el colapso capitalista y un mundo donde lo básico -agua, seguridad, aire- es cada vez más inestable. La escuché. Y la creí. Y también la vi. No solo como un espejo del futuro de mi hija, sino como mi propio pasado reflejado en mí. Recordé cuando tenía veintitantos años y marchaba por las calles de El Cairo en 2011, gritando hasta quedarme sin voz durante lo que llamamos nuestra

'Primavera Árabe'. Recordé cómo nuestros mayores también nos despreciaron entonces; nos llamaban impulsivos, emocionales, poco prácticos. Le dije que nos decían que necesitábamos más tiempo, más formación, más madurez. Pero no necesitábamos más formación; necesitábamos que confiaran en nosotras, que nos escucharan.

Llegamos, poco a poco, con delicadeza, a la siguiente conclusión: El feminismo no puede permitirse ser lineal. Debe ser circular. Intergeneracional. Polifónico. Mi feminismo no puede estar completo si no deja espacio al suyo. Y el suyo no prosperará a menos que honre lo que vino antes.



Me dijo que sueña con un mundo donde pueda vivir sin sentirse culpable por elegir no tener hijos. Donde los espacios públicos sean seguros y alegres. Donde el amor queer no se criminalice. Donde la justicia económica no sea una fantasía. Ella quiere un feminismo que se centre en la sanación -no en el autocuidado que comercializa el capitalismo, sino en el colectivo que proviene de ser vista y sostenida por la comunidad. Le dije que yo también quería eso. Quizás nuestras visiones no sean tan distintas. Y ambas coincidimos en esto: el capitalismo es enemigo del feminismo. Nos aísla. Explota nuestro trabajo y nuestro amor. Castiga el cuidado y recompensa la extracción. Y a menos que lo confrontemos -no solo nombrándolo, sino desmantelándolo activamente-, nuestro futuro feminista seguirá siendo performativo y parcial.

Esta conversación me recordó que el proyecto feminista Sur+Sur, no trata solo de cruzar fronteras. Consiste en cruzar el tiempo. Al final de la conversación no estábamos trazando una estrategia a cinco años. Estábamos creando algo más suave. Una promesa compartida. Que yo le haría espacio. Que ella no heredaría nuestro silencio. Que aprenderemos una de la otra, no a pesar de los años que nos separan, sino gracias a ellos. Vi el futuro en ella, y ella vio en mí un puente. Y en ese intercambio transgeneracional, el feminismo no era una idea. Era un vínculo vivo que respiraba.



Principios en la práctica:

Una solidaridad feminista decolonial



En muchos sentidos, este encuentro fue una viva encarnación de los principios decoloniales en los que creemos como feministas. Pero aquí, no solo nombramos esos valores, sino que los pusimos en práctica. Y al hacerlo, recordamos que la teoría solo es útil cuando se materializa. Practicamos el cuidado colectivo. Eso no significaba perfección ni armonía. Significaba estar atentas cuando alguien salía de la sala. Significaba que los traductores hicieran una pausa cuando alguien necesitaba un descanso. Significaba empezar tarde para poder llorar juntas. Significaba que alguien trajera discretamente otro té. El cuidado no estaba en la agenda, estaba en el aire. Recuerdo que alguien dijo:

“Este espacio me hace sentir que se me permite respirar a pleno pulmón.”

Practicamos el anticapacitismo. La sala estaba organizada de forma que nadie quedara excluida. La gente se sentaba en sillas, en cojines, en el suelo. No había delante ni detrás. Se ofrecía interpretación en varios idiomas, no como algo secundario y posterior sino como una característica central. Practicamos la justicia lingüística. Árabe, español, portugués, francés, inglés: nuestro círculo era multilingüe, desordenado y maravillosamente complejo. No exigíamos fluidez. Hablamos más despacio. Gesticulamos. Reímos. Tradujimos no solo palabras, sino significados. Y cuando las palabras fallaban, recurrimos al arte, al movimiento y a la metáfora. No era perfecto, pero cuando algo no funcionaba, nos adaptábamos. Preguntábamos. Escuchábamos. Creábamos espacio.

Practicamos la decolonialidad. No como retórica, sino como ritual. Comenzamos con ofrendas de nuestras tierras. Pusimos en el centro los saberes indígenas. Escuchamos a feministas afrobrasileñas que nos guiaron a través de la historia suprimida de la ciudad. Honramos el hecho de que el mismo acto de encuentro -de Sur a Sur, sin intermediarios del Norte- era en sí mismo una ruptura. Rechazamos el extractivismo. No había evaluadores externos en la sala, nadie que nos quitara nada para escribir sobre nosotras. Documentamos nuestro propio aprendizaje. Dibujamos, grabamos y reflexionamos juntas. Nuestras experiencias no eran datos, sino semillas para el crecimiento futuro. Nos fuimos con dibujos, notas, poemas y conversaciones de WhatsApp. Decidimos qué historias contar y cómo contarlas.

Y quizás lo más poderoso:

Practicamos la creatividad feminista. No para impresionar, sino para imaginar. Recordamos que el futuro no solo se construye con estrategia, sino que se sueña con creatividad. Al final del encuentro, no solo hablamos de estos principios, sino que los vivimos. Nos fuimos sabiendo que los principios feministas no son una lista de verificación. Son memoria muscular. Son práctica. Y debemos seguir practicándolos juntas.

Estamos trazando mapas



Era hora de soñar, no de forma abstracta, sino con dirección. Nos preguntaron:

Más allá de este encuentro, ¿cómo ven en la práctica la solidaridad feminista transregional?

No solo en São Paulo, sino el mes que viene. El año que viene. En Beirut y Oaxaca. En Ramala y Asunción. Y no solo en momentos de crisis, sino en el largo y silencioso trabajo de construcción. Empezamos a trazar mapas. Algunas dibujaron mapas literales: líneas que conectaban ciudades, ríos que fluían por espacios de movimiento. Otras trazaron mapas del cuerpo: dibujaron úteros como territorios sin fronteras, manos como puentes, lenguas como túneles de traducción. Y algunas simplemente escribieron **يرحت** palabras: cuidado, , ancestras, ruptura, tierra, placer, no más silencio.

Nos inspiramos en proyectos como Portal Catarinas en Brasil, que promueve el periodismo feminista; los archivos de historia oral de Dawlaty en Siria, que preservan las voces de las mujeres afectadas por la guerra; y la Red de Sanadoras de Bolivia, que integra la sanación comunitaria y la narración de historias como actos de resistencia. Tomamos como referencia el Manifiesto Feminista de Internet, reimaginándolo en nuestros propios contextos, donde la colonización no fue metafórica, sino vivida, y donde la resistencia digital a menudo comienza con una simple transmisión de Whatsapp

Y a medida que trazábamos mapas, algunas ideas cristalizaron, no como marcos rígidos, sino como caminos que vale la pena recorrer: imaginamos un laboratorio tecnológico feminista, liderado por mujeres de ambas regiones, para desarrollar herramientas de seguridad digital para organizarse bajo vigilancia. Una plataforma para compartir tácticas: cómo utilizar aplicaciones encriptadas en regímenes autoritarios, cómo realizar talleres virtuales sobre salud sexual y reproductiva en zonas de conflicto, cómo archivar testimonios sin arriesgar vidas. Imaginamos una plataforma feminista segura y multilingüe, cocreada por feministas de SWANA y LAC. No solo un sitio web, sino un archivo vivo. Imagínate subir un fanzine de Bolivia y encontrarlo archivado junto a cánticos del Líbano, o una guía de sanación de Gaza junto a prácticas de partería indígena de Guatemala.

Otras imaginaron un chatbot de IA decolonial, entrenado no con bases de datos de Silicon Valley, sino con las realidades vividas y el conocimiento ancestral de las feministas del Sur. Una compañera digital que pudiera responder preguntas sobre aborto seguro, ofrecer consejos de atención basados en el trauma y guiar a jóvenes organizadoras en estados represivos, todo ello respetando la privacidad, rechazando la vigilancia y centrándose en la justicia lingüística. “Esta IA no te daría estadísticas occidentales”, dijo alguien. “Te daría la sabiduría de tu abuela y el coraje de tu hermana”. No se trataba de ponerse al día con la tecnología occidental, sino de crear tecnología que nos perteneciera.

Hablamos de intercambios feministas entre ciudades hermanas - conectando Beirut con Bogotá, Gaza con Medellín, Túnez con Tijuana- donde los colectivos pudieran acogerse mutuamente, aprender unos de otros, compartir el pan y generar confianza. No como viajes de estudio para donantes, sino como residencias recíprocas para la resistencia. Soñamos con un currículo feminista compartido, basado en los SDSR decolonial, escrito en árabe, español, portugués y lenguas indígenas; no para obtener créditos universitarios, sino para la vida. Módulos que se basaran en la teoría feminista palestina, las prácticas de parto afrolatinas, las redes de sobrevivientes de SWANA y las estrategias de movilización de la Ola Verde. Un programa de estudios dinámico, creado por todas nosotras. Hablamos de un podcast feminista Sur-Sur, con presentadoras rotativas en distintas regiones: una voz itinerante que entrelaza historias orales, poemas, reflexiones, música, análisis político y preguntas. Un puente sonoro.

Planteamos la necesidad de un fondo de solidaridad, uno que no esté gobernado por el Norte Global, sino por nosotras. Uno que comprenda la flexibilidad, la urgencia y la interseccionalidad. Uno que crea en las pequeñas subvenciones, en los plazos largos, en los sueños sin marcos lógicos. Imaginamos encuentros anuales como este, organizados por diferentes colectivos, celebrados en diferentes territorios. No escalando, sino creciendo en profundidad. Y lo más importante, haríamos todo esto juntas, no como proyectos aislados, sino como experimentos de liberación colectiva. Sin plazos. Sin donantes que dicten resultados. Solo valores compartidos, confianza mutua y suficiente ancho de banda para soñar.



Cerramos como habíamos abierto: en círculo. Sin podio, sin aplausos. Solo mujeres sentadas hombro con hombro, con los ojos brillantes por el agotamiento que solo se siente después de haber dicho la verdad durante días y días. Y como culminación poética de nuestra solidaridad, ocurrió algo mágico. Alguien compartió con el grupo que se había anunciado el martirio de un renombrado luchador de la resistencia palestina. Una noticia que sumió a varias mujeres árabes en un profundo y emotivo duelo. En un gesto de verdadera solidaridad, nuestras hermanas de América Latina y el Caribe nos ofrecieron un espacio para llorar nuestra pérdida y, de hecho, lloraron con nosotras; muchas compartieron nuestras lágrimas y todas nos ofrecieron un largo abrazo. Un velorio improvisado comenzó a tomar forma; y en un momento dado, un canto poderoso y apasionado de liberación surgió espontáneamente de nuestras hermanas latinas, dedicado a nosotras y a nuestra resistencia. Un momento tan poéticamente conmovedor y relevante que perdí la capacidad de hablar; me quedé sin palabras mientras abrazaba a mi nueva hermana, con lágrimas rodando silenciosamente por mis mejillas. La solidaridad se forjó.

Volvimos al altar que habíamos construido el primer día, ahora rebosante de recuerdos, notas, dibujos, fragmentos de vida compartida. Recogimos nuestras cosas. Las especias. Los dibujos. Las notas garabateadas en servilletas. Pero también dejamos cosas atrás: cargas, vergüenza, perfeccionismo, soledad. No habíamos resuelto nada. Pero recordamos. Que nuestros cuerpos son sagrados. Que nuestras voces son plurales. Que el ritual feminista no es una ruptura con la estrategia; es cómo empezamos a soñar la estrategia de otra manera.



La reunión de São Paulo terminó esa tarde, pero lo que desencadenó, no ha terminado. Porque no nos reunimos para escribir un informe. Nos reunimos para sembrar un movimiento. Y los movimientos no se construyen con declaraciones finales. Se construyen con mensajes de voz enviados a través de zonas horarias. Con ayuda mutua cuando una compañera está en peligro. Con publicaciones compartidas, protestas compartidas, aliento compartido. Con la decisión de levantar el teléfono cuando alguien se queda en silencio. Con la negativa a dejar que la historia de ninguna mujer se convierta en una nota a pie de página.



De un encuentro a un Movimiento

Partimos de São Paulo con un conjunto de compromisos de vida, no recomendaciones políticas:

Nos comprometimos a mantener viva esta alianza feminista transregional: a construir una red que exista más allá de los ciclos de financiación y más allá de las agendas institucionales.

Nos comprometimos a poner en el centro nuestro propio conocimiento: a documentarlo con nuestras voces, nuestros idiomas, nuestras metáforas. A resistir el extractivismo incluso en el ámbito narrativo.

Nos comprometimos a encontrar momentos de resistencia compartida, como el Día Internacional de la Mujer o los 16 Días de Activismo, y convertirlos en plataformas para la acción feminista unida.

Nos comprometimos al aprendizaje mutuo: intercambios entre trabajadoras de la salud, activistas y artistas.

Nos comprometimos a exigir más de nuestros aliados, incluidas las ONG internacionales y los donantes. No pedimos caridad, sino confianza.

No salvacionismo, sino solidaridad. Exigimos financiación flexible, gobernanza feminista y recursos que se ajusten a nuestras prioridades, no al revés.

Nos comprometimos a ampliar nuestro círculo: a crear espacio para feministas afrodescendientes, defensoras indígenas del territorio, mujeres queer, trabajadoras domésticas, refugiadas y niñas. A que este movimiento sea tan amplio y profundo como el mundo por el que luchamos.

Y quizás lo más radical es que imaginamos seguir sosteniéndonos mutuamente con la tranquila seguridad de que alguien al otro lado del océano está susurrando: no estás sola.



Llevamos
a nuestras
madres

Nos llevamos
unas a otras



Y ahora,
llevamos el
movimiento
hacia
adelante.

